

QUE SE LLAME ROSA

LUCI PORCHIETTO

Que se llame Rosa

El fin de la noche



Porchietto, Luci

Que se llame Rosa. - 1a ed. - Buenos Aires : El fin de la noche, 2010.
72 p. ; 20x13 cm. - (Mapamundi)

ISBN 978-987-1491-22-3

1. Literatura Argentina. I. Título
CDD A860

Imagen de tapa: "Los cazados", de Román Vitali (2009).
Cuentas acrílicas tejidas facetadas.

© Editorial El fin de la noche, 2010
Buenos Aires, Argentina

ISBN 978-987-1491-22-3
Editorial El fin de la noche

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra,
escribanos a: info@elfindelanoche.com.ar

www.elfindelanoche.com.ar

*Quisiera escribir una buena historia. Rosa, trillada y buena.
Que se llame cuento. Que se llame novela. Que se llame romance.
Que se llame Rosa. Que no tenga un nombre sino todos.
Que no tenga todos sino un poco de cada uno.
Pero poder decir una historia. Una chiquita aunque sea.
Un pedazo de una historia chiquitita.
Chiquitita dime por qué.
Una historieta sin dibujos. Que hable la palabra.
Hay que ver cuánto cuesta la obviedad.
Quisiera escribir la vida de una vedette. No su vida en realidad.
Quisiera escribir su infancia.
La imagen cae de maduro a un suelo verdadero.
Hay que ver cuánto cuesta la verdad.
Escribir la historia de una mujer desde que era niña.
Hablar en el lugar de la falla.
Crear que además del miedo nos constituye la certeza.
Narrar con la fuerza de la paradoja:
una niña solitaria que se sabe mujer,
una mujer solitaria que se reconoce en su niñez.*

*La mujer debe ser
soñadora, coqueta y ardiente*

Dice un bolero. Quisiera decir así de rosa la rosa y la verdad.

Y la mujer, cuando siguiere el flujo de su sangre por muchos días fuera del tiempo de su costumbre, o cuando tuviere flujo de sangre más de su costumbre, todo el tiempo de su flujo será inmunda como en los días de su costumbre. Toda cama en que durmiere todo el tiempo de su flujo, le será como la cama de su costumbre; y todo mueble sobre que se sentare, será inmundo, como la impureza de su costumbre.

Antiguo Testamento, Levítico, 15:25-27

*Pues la rosa sexual
al entreabrirse
conmueve todo lo que existe.*

Rubén Darío

Los labios rojos o mejor rosados, harta ya de hacer la puta.

* * *

La vedette está mucho más flaca y ya no hará teatro de revista. Lo confirmó hoy en la tevé. Tenía un trajecito Jackie Kennedy. Le quedaba bien, aunque algo ajustado en el escote.

* * *

Por una escalinata doble se llegaba al estudio principal. Entre medio de las dos escaleras, una rampa hacía las veces de decorativo-caritativo adorno, contemplativo incluso de las estrellitas en sillas de ruedas. Las estrellas. Cinco puntas, dos ruedas, quinta pata del gato. La gata frígida. Nunca se ve lo que falta.

* * *

Podría conducir un magazine. El cable es una muy buena opción. Me gustaría incursionar en el drama. Estuve tomando clases de teatro en el verano.

* * *

Ya no vale la pena esta pena. Él ni siquiera era bello. Ya no vale lo que valía.

* * *

La pena dura lo que vale.

* * *

Es la acidez. No son nervios. Es el tabaco. No dejo de fumar. Más fácil sería dejar la heroína: por lo menos no la promocionan en las revistas de moda.

* * *

Harta de hacer la puta.

* * *

Rosados no. Parezco Jackie Kennedy con tetas. Demasiadas tetas.

* * *

Jackie Kennedy está indispuesta. Escucha boleros la puta. La puta a la cual le duelen los ovarios. Como a las gatas. Como a las perras. Le duele mucho el hueco. Al igual que las gatas, al igual que las perras y, según lo que recomienda la gente, ella -piensa- tendría que haberse hecho servir.

* * *

Tendría que haberme hecho servir para no ser como la gata infeliz de tía Carmen que se vino vieja e histérica de golpe. Vieja. Puta. Histérica. Mala. Resentida.

* * *

La gata de la tía Carmen. La tía gata de la puta. La puta gata de la tía. La gata puta con la regla. Y no hay regla que valga.

* * *

Justo ahora no da para hacerse servir.

* * *

Deseaba más cuando estaba con la regla. En celo andaba como la gata. Pero no se hizo servir. Un embarazo. Pero de verdad. *Un par de abortos no cuentan*, pensaba la gata puta.

* * *

Nadie nunca me sirvió para un carajo. Para un grito del carajo. Apenas para eso. Ni para eso. Suspiritos de cuarta. Ni siquiera él vale ya lo que valía.

* * *

La pena dura lo que vale. La pena la había endurecido, envejecido, emputecido a la puta. Pero todo estaba bien. Las luces del estudio de televisión oscurecían toda la fuerza de la puta, toda la putez de su oscuridad quedaba perfectamente vedada. Lo oscuro camuflado en lo oscuro. Spots de perfecto diseño ponían todo el brillo justo allí donde no estaba su ovario inflamado, los moretones de su memoria. *Tendría que haberme hecho servir.*

* * *

Servir: Sí, sí, me sirvió muchísimo la experiencia (Pronunciar bien la gutural sorda k. No es sibilante. No es *la experiencia.*) *de tomar clases de teatro en el verano. Sí, sí: con un grande de la actuación* (de nuevo: dejarle

lugar al sonido k antes de la dental. No es *la actuación.*) y como te decía me sirvió muchísimo para descubrirme como actriz (No es *la atriz.*) y también para descubrirme a mí misma. Ella misma. No sabía qué carajo había terminado de decir. ¿Quién es *ella misma*? Es verdad: había llorado un par de veces por la calle después de salir de las clases de teatro. Pero lloraba porque la pena se cotizaba bien por entonces o porque tenía los ovarios del tamaño de su pena. Porque no se había hecho servir. Los dos abortos no cuentan, ni contaron nunca. Ni el árbol. Ni el libro. Ni el hijo. Una estupidez ese precepto. Pero ella no pensaba en un libro: muchas estrellas de cuarta lo escriben, eso no le importaba. Mucho menos quería un árbol: en su casa tenía dos helechos de plástico, sucios de polvo, con eso bastaba. Pero tampoco pensaba en un hijo: son seres tan frágiles como la esperanza. Pensaba en ella. *Ella misma*. Pensaba en que debería haberse hecho servir. Para no quedar como la gata de tía Carmen. Gata histérica. Lo decía siempre la vieja de mierda.

* * *

Vieja de mierda: *decime vos para qué crié esta gata. Mirala vos un poco y decime qué satisfacción me da a mí. Cachuza. Mala. Fea. Arisca. Eso mismo. No tanto lo otro. Una gata arisca. Viene acá a comer no más y después todo el santo día abajo de la sombra de la higuera. No hay caso. Tendría que haberla hecho servir. Ahora ya está vieja y es al cuete.*

* * *

Sí, sí. Me sirvió mucho. Creo que nunca es tarde cuando uno tiene ganas de aprender. Por eso me encantaría que me llamaran para un drama. Podía pedir. El

trajecito finalmente le había quedado bien. Al fin de cuentas a Jackie Kennedy le hubiera encantado tener ese par de tetas. Chanel número 5 en las pantorrillas de Marilyn. *Debería saber más de perfumes. Más de telas. Más nombres de diseñadores. Modernos. De ahora. Me quedé en el tiempo. Parezco Jackie Kennedy con tetas. Así no va. Así no puedo. Así no sirve.*

* * *

¡Qué hermoso trajecito! Típico corte Jackie Kennedy. Te queda bárbaro. ¿No extrañas las plumas?

* * *

Jackie Kennedy con plumas baja de un escenario pobre. Es llamativo cómo desde unos metros ya parece glamoroso. Glamour visto de lejos: única forma de acontecer en la distancia. La gallina parece un cisne. Unánime cisne la bataclana. Cinturita de abispa. Tetas de vaca. Orto real de pavo real. Carne de exportación libre de aftosa. Libre. Ya casi la vedette puede mostrar las tetas. Destape. Despliegue. Lentejuelas de colores. Parecen joyas desde lejos. Desde lejos. Hay que mirar desde lejos a las putas. Y de noche. Luz barroca que ilumina la cara diabólica del obispo justo donde se parece a dios. Media de red. Cientos de cuadraditos de carne hacen fuerza por salir. Media res. Carne aprisionada. Presionada por el productor (comer menos pan) y prensada por la prensa. Medios que la acosan. Medio que la acosan. Medio que da cosa. *La vedette está mucho más flaca y ya no hará teatro de revista. Lo confirmó hoy en la tevé. Tenía un trajecito Jackie Kennedy. Le quedaba bien. Aunque algo ajustado en el escote.*

* * *

Las plumas. Las aves encerradas. Red de alambre. Las engordan y después las matan y después las rellenan con verduras y después matan a un cerdo para agregarles jamón. Crudo o cocido. La carne cruda o la carne cocida, da igual. El banquete está servido y las carnes ya sin plumas. Dispuestas estéticamente sobre los pliegues de la tela del mantel o de las sábanas. Ave promiscua rellena de cerdo. Orgía. Muchos animales. Muchas bocas. Hambre. Cama redonda. Bandeja circular. Recto dedo índice da vueltas e inspecciona los manjares. Placer. esférico botón de la sed. El sistema digestivo no digiere, el reproductor no reproduce. Hay un recipiente para lavar las manos. Para quitar la grasa del cerdo y de la gallina. Uvas redondas. Postre. Infusión. Las plumas. Boa de plumas. Estética serpentaria. Sin veneno. Aves encerradas en una red de alambre. Ya van a morir. Las engordan y después las matan. Poner a punto sus carnes. Desplumar. *Harta ya de hacer la puta. Mejor rosados los labios.*

* * *

Los labios. El dedo en la boca. Ella dormida al lado de la gata. La gata perdida para siempre. Redimida de la maternidad. La niña duerme. La gata duerme. La siesta inefable de los pueblos opera una hipnosis en las niñas y en las gatas. La niña no tiene sueño pero duerme. No sueña pero duerme. El silencio es más tristeza que silencio. La tía silenciosa y triste también duerme. Le queda grande la cama rectangular. No se pliegan sus sábanas de almidón. La niña duerme en el patio. Después llenará la regadera para las flores. Después las flores. Ahora la siesta. Las gallinas del vecino siguen encerradas. Hasta el

patio de tía Carmen y de la gata llegan las plumas. Vuelan las plumas. Caen las plumas. Pasan. La niña duerme. Sus labios entreabiertos sostienen el dedo índice. Siente una especie de sed. Sus labios están húmedos. Su boca está seca. Se despierta. Sus labios corren hasta la canilla del patio. Su boca aloja el agua. Sus labios ciernen la canilla. El gusto herrumbrado del agua. Los labios firmes. Rojos o mejor rosados.

* * *

La red. Entretejidas sus piernas generosas. La red de sus piernas termina en punta. Taco aguja. Punzón sadomasoquista. La gallina con plumas rasguña con sus patas la tierra. Quiere saber qué hay más abajo. Más adentro, la vedette con plumas también siente redes. Así funciona el deseo. Redes nerviosas o sentimentales que él tironea desde fuera. Todo el alambre del gallinero, todo el alambrado del adentro confluye en un centro. Cosquillas a veces. Dolor otras. Igual opera el goce. Parcelas alambradas que se mecen y se aquietan alternativamente. Redes armonizadas. De los pies a la cabeza. La sonrisa o el grito. Dientes de red. Cuerdas vocales tensadas. Prensadas.

* * *

La prensa. *La vedette habló de más de su colega, rompió los códigos y la desafectaron del elenco estable.* Las plumas más grandes son ahora para la otra. Ella bajaba en segundo lugar la escalera y su foto -más chica- ocupaba un costado y la mostraba sólo hasta la cintura. Las tetas. Jackie Kennedy hubiera matado por esas tetas perfectas sin siliconas. Por eso el trajecito le ajusta en el escote. Mona vestida de seda. *Muy mona la*

vedette con su estilo Coco Chanel. Muy mona de seda. Muy mona queda. A la otra, la blasfemada, a la más diva, no le ajustan las medias de red. Podría incluso no llevar medias. Media res de carne de exportación alumbrada por los spots del frigorífico massmedia. La otra gana. A ella la desafectaron. Dendrita de deseo desencantado opera. Él la desafectó. Ya no vale la pena. La pena dura lo que vale. Ella pierde. Fuerzas centrífugas de todos modos insisten en su centro clitorídeo vaginal. Una cosquilla o un dolor.

* * *

Cosquilla. Está indispuesta la niña, menstruando por vez primera. Emputecida de todos modos. Ya harta. Le viene. Le pica. Le sangra. La gata sangraba también cada tanto. Ella sangra y se duerme en el patio al lado de la higuera. Higos caídos al piso de tan maduros. Pícazón. Mordidos por su propia sangre los pliegues de la vagina. Los labios. Rojos o mejor rosados. Húmedos de sangre. Pero no hay ningún muerto. Los dos abortos no cuentan, y menos contaban antes de acontecer. Cuenta ovejas gordas la niña. Hace calor incluso bajo la sombra. Se aburre de las ovejas. Cuenta besos de novela la niña. Manitas rojas entre los pliegues de la pollera de diciembre. Pican sin mosquitos. La roncha se siente más adentro. Tía Carmen escucha boleros mientras cree dormir la siesta en la cama grande. La niña tirada en el pasto se rasca. Cierta angustia la recorre. Con cierta angustia recorre la arquitectura de la higuera. Redes de madera enroscadas. Difícil es el art nouveau. Una cosquilla o un dolor. Llegan las plumas de las gallinas del vecino. Despierta la niña roja por el centro de su cuerpo. Roja por entre las uñitas que se escondían tras los pliegues. Rojos. Nunca rosados. Corre la niña hasta la

pieza abolerada de tía Carmen. La tía abolerada enjuaga sus lágrimas. Después enjuaga las de la niña.

* * *

La tía. Sola. Triste. No hizo servir a su gata. Su gata ya no sirve. Nunca supo hacer bien las cosas. Se tendría que haber ido con él aunque su mamá no lo quisiera. Bien muerta está la hija de puta y ni se imagina la soledad de tía Carmen. Tía abolerada y su gata inútil. Huraña. Arisca. Él valía la pena. La pena dura lo que vale. La pena dura. A duras penas la tía soporta su valor.

* * *

La pena. Devaluada como la figura del que se ha ido. Ni siquiera era bello. La imagen que guardaba la niña vedette harta ya de hacer la puta era la que queda dispersa y fragmentada en los espejos que hacen de techo en los moteles. Dos horas que se hacían cuatro que se hacían seis y por esas alturas ya convenía pagar la noche entera. La saliva enjuaga los pliegues que pican. Mecánica de la sed. Estática la imagen guardada desde los espejos del hotel. Pena estática. Fragmentada. Ya no vale la pena esta pena. Él ni siquiera era bello. Menos ahora que está tan escindido. Terminar de mutilarlo. La fisura se siente más adentro. Ahí está su carne ausente. Estática. Devaluada. Allí está de todos modos. Espejeante. Como mascarita de teatro su fálico gesto.

* * *

Teatro. *Estuve tomando clases en el verano, me gustaría incursionar en el drama.* Ella gesticula delante de los espejos que cubren las paredes de su casa.

Es al cuete. Nunca va a saber cómo es eso de actuar. Necesita un buen director. Un buen maquillador. Un buen productor. Un buen guionista. Un buen estilista. Un buen polvo necesita la vedette ida de pastillas, devenida en actriz por el mero hecho de nombrarse. Una película que ponga sus tetas en un primer plano. Y atrás su rostro ido, colgado de su pena devaluada. Un buen polvo que le tape las arrugas y las ojeras del insomnio. Carita de ángel recién drogado. Angel face. Olorcito a talco como si estuviese durmiendo debajo de la higuera. Como si no menstruara nunca. Como si la gata se dejara acariciar a la sombra de las plantas. Como si su tía sonriera preparándole una torta de chocolate. Como si él viniese a reflejarse en los espejos continuos de su habitación para dejar allí su imagen. Sonríe la vedette recién empolvada. Angel face a prueba de spots. La maquilladora vieja sabe cuánto debe empolvar a las estrellas. Polvo de estrellas. Cae desde el cielo por los satélites. De los satélites al televisor. Hermosa sonríe la actriz. Parece tan feliz a pesar de su reciente ruptura.

* * *

Lo roto. Lo disperso. Él por millones multiplicado en toda su carne. Ya no vale lo que valía pero quién carajo junta los restos. Diseminada su mandíbula jadeante en multitudes enfermas. La enfermedad es su rostro encajado siempre en el mismo lugar. Su rostro ensimismado. Él no sabía compartir. No se va nadie hasta que no aparezca el orgasmo de la vedette. Los niños deben saber compartir. Partido en mil pedazos el espejo del hotel. Nada más queda. *Debería haberme hecho servir.*

* * *

Una maravilla las clases. Realmente descubrí en mí la actriz (no es la atriz) dramática que estaba oculta. Me gustaría escuchar ahora ofertas de trabajo. También me gustaría conducir un magazine. El cable es una muy buena opción.

* * *

El cable. Parte precisa de la red. Puede faltar un cable en la red. No pueden faltar todos los cables. Si no, no hay red. Justa imagen de la interdependencia. Puede la vedette colgarse de uno de los cables de la red y salir bien muerta en la tapa de todas las revistas que últimamente han olvidado que existía. *Dicen que uno se caga encima cuando muere ahorcado. Tampoco conviene semejante asquerosidad por más que ya no esté viva para avergonzarme. Marilyn de todos modos y sin ir más lejos murió hinchada de barbitúricos como una ballena, y sin embargo ahí la tenemos con su cara de recontraputa feliz en cada camarín. Pero no era feliz parece. Se mató Marilyn. La mataron a Marilyn. Happy birthday Mister President. Pero si Kennedy no valía la pena. La pena dura lo que vale. La pena vale una muerte, y la muerte de una diva. Si la misma Jackie hubiera matado por esas tetas. Por eso usaba esos insulsos trajecitos de viuda rosa chicle. Pobre Marilyn después de todo. Parecía tan feliz. Era tan puta. Se habrá cansado. Como yo.*

* * *

Harta ya de hacer la puta. Por eso el trajecito Coco Chanel y los labios rosados. Por eso las clases de drama. *Por ahí me llaman para hacer de*

madre-come-novios-de-su-hija-adolescente y les rompo el libreto en la cara. Primero por hacer de puta y después por hacer de madre.

* * *

Madre. *Debería haberme hecho servir.* Madre muerta en parto. Padre desconocido. Padre muerto en polvo. Hecho polvo en el polvo, padre pulverizado. Tía Carmen, tía triste, madre. Mamá tía Carmen. Argumento de culebrón. Vida de telenovela. La niña huérfana se hizo puta por estar tan triste durmiendo al lado de su gata arisca. Sociología de la novela burguesa. Concepto de tipo. Y ningún tipo como la gente que le sirva para algo. Para hacerle un hijo como dios manda y decirle *gracias querida, nunca nadie me había hecho tan feliz, nos casaremos y nos iremos a vivir al campo.* Y él se dejará el bigote y ella el pelo largo. Y los fines de semana los visitarán los amigos y jugarán a las cartas después de la cena y ella charlará de moda y de sexo con sus amigas, y él de fútbol y de autos con los amigos cuando el niño ya se haya dormido. Y entonces harán el amor para hacer dos o tres niños más y cuando los niños crezcan envejecerán rodeados de nietos y morirán de viejos. *Debería haberme hecho servir. La re puta madre que me parió.* Él todavía con bigote. Ella todavía con el pelo largo.

* * *

De largo. Es un cocktail pero hay que ir de largo. Que la vedette use escote y la espalda desnuda. Y que procure no fumar o al menos hacerlo con elegancia, como para salir en las fotos al final de la revista y que las señoras digan *mirala vos qué bien se mantiene esta chica, hace tanto que no trabaja, tendría que volver.* Y que en la

mano derecha ella sostenga la copa de champagne que por no ser la primera ya la está emborrachando. Que de largo y borracha transcurra en los cocktails de estrenos teatrales. *Agradecé que te invitaron. Y a ver si fumás un poco menos. Así no te va a llamar nadie.* Más fácil es dejar la heroína, por lo menos no la promocionan en las revistas de moda.

* * *

La moda. *La vedette tenía un trajecito muy mono, estilo Jackie Kennedy. Le quedaba bien, aunque algo ajustado en el escote. Está mucho más flaca y ya no hará teatro de revista. Lo confirmó hoy en la tevé.*

* * *

La mona. La vedette sin plumas mona queda. Mona vestida de seda la gallina queda. Culito rococó de gallina, parado de tanto moverlo desde siempre. Mover el culo para ganarse el pan y las plumas. Metros y metros de erguidos señores metiendo las narices en su culo. Culito rococó más puto que las gallinas.

* * *

Las gallinas. Llenas de plumas girando en redondo el suelo limitado de su gallinero. Las gallinas viven en gallineros. Las putas viven en departamentos muy y mal amueblados. Las niñas viven en las casas de sus tías solteronas. Los gallos viven con las gallinas. Matriarcado. Los pollitos viven con papá gallo y con mamá gallina. Patriarcado. Los pollitos no tienen tíos. Las gallinas también se mueren. Las gallinas sin plumas se llaman almuerzo. Las putas sin plumas se llaman putas. El culito

de las gallinas se tapa con plumas. El culo de las putas es justamente aquel sitio que las plumas no deben tapar. Las plumas van por los brazos enredadas y suben por sobre la cabeza y caen por debajo de sus senos de manera que las terminaciones plumíferas lleguen milimétricamente a tapar los pezones sin tapar la carne de sus tetas. Grandes tetas ajustan el escote muy mono de la puta sin plumas. Mona queda. Cuadro bestial.

* * *

Las bestias. Camino signado de la diva. Diva de cuarta, de cuarto de hotel. Zoológico más que bestiarío su estigma. Zoo estigma. La vedette de carne y hueso jura ser un ser humano de carne y hueso. Lo debe aclarar en el titular de la revista semanal. *“Yo soy un ser humano de carne y hueso”*. Las comillas encuadran la obviedad. La fotografía se resuelve en un primerísimo plano de la vedette que arranca un par de arrugas por debajo de sus ojos. El flash tampoco la favorece. El flash no favorece a una diva. Su maquillaje se ve tal cual es: máscara y pinturita. Los poros se abren subrayados por la crema amarronada que sirve de base. La piel toma una textura aceitosa. Luz teatral, spot bien dirigido necesita la hermosura. Juego de luces y sombras barroco-televisivas que lleven el ojo justo allí donde la carne hace volutas. Las plumas hacen volutas sobre la carne si se las sabe iluminar. Pero el flash no. Por eso las estrellas ponen las manos para tapar el lente de las cámaras fotográficas en plena avenida. No les importa ser fotografiados con tal o cual persona. No les preocupa especialmente ser impelidos por una imagen hacia la posteridad. Les molesta no estar entre justas luces en medio de un prolijo estudio donde sus gestos tristes de penas devaluadas no se les noten, o se noten justo hasta el lugar preciso

donde la tristeza es un espectáculo tierno y seductor. Pobrecita la vedette acribillada de verdad por un flash desafortunado. Pobrecita. Las revistas que muestran su dolor cuestan menos de dos pesos en cualquier esquina y se apilan sobre los horribles muebles de las peores peluquerías de barrio, o en las casas de depilación, o en los baños de las señoras solas y tristes. Tía Carmen lee siempre Radiolandia. La vedette se odia en la tapa de esas revistas. No sabe que quizás esté monstruosamente hermosa. Más cerca allí de las bestias que de los animales. Bestiario de su rostro en flash. Nunca menos zoológica la vedette congelada en un gesto triste mientras su boca mal pintada y abierta explica no sé qué abandono. No sé qué obvia referencia a su humana condición. Sin plumas. Sin boas. Sin cintura de avispa. Sin piernas de serpiente. Sin culo de gallina rococó. *Soy un ser humano de carne y hueso*. De carne. De hueso. De luz de flash. Exclusivo. La vedette se confiesa en el baño de tía Carmen.

* * *

Tía Carmen lee siempre Radiolandia. Es que su gata no le da ninguna satisfacción. La niña por cuidar se está poniendo grande y triste como ella. Duerme que te duerme todo el día, a la sombra de la higuera, o se queda soplando las plumas que vienen del gallinero del vecino. Ya es señorita la niña. Menstruó la otra tarde bajo la sombra de la higuera. A la tía hace años que no le viene. La gata menstrúa de vez en cuando pero es al cohete. No la hizo servir a tiempo. Esa gata ya no sirve para nada. Duerme a dos metros de la niña todas las tardes de verano abajo de la higuera. La tía duerme en su cama rectangular sin pliegues de tanto almidón, sobre el colchón que era de sus padres. De su madre que está bien muerta y que la sigue jodiendo. La cabecera

enorme y oscura de la cama la pone más triste. Apoya allí su almohada de plumas y después su cabeza, enciende el viejo velador y lee Radiolandia hasta que queda dormida. Los boleros siguen quejándose en la radio. Todas las siestas la misma lágrima estándar. Las putas de la Radiolandia se le ríen en la cara y cada vez muestran más de sus piernas. Sólo con sus pensamientos empieza a apestar la pulcritud de la cama de tía Carmen.

* * *

Las camas. Las vistas en los espejos del hotel. Las camas llenas de carne. Las vacías. Las camas sucias de pensión. Las camas pequeñas desbordando dos cuerpos más urgentes que las dos plazas. Las plazas verdes y florecidas de las camas. Un respiro, un suspiro. Como los espacios verdes en medio de los edificios en medio de las ciudades. Más que las camas los colchones. Junto con los colchones las sábanas. Pliegues plegados por los cuerpos desplegados. La cama del hotel estampada en el espejo, hecha trizas. Techo de pliegues fragmenta los cuerpos y las sábanas. Friso del sexo celosamente guardado en su memoria. *¿Y después que haremos, mi amor? ¿Cuánto durará la pena de extrañarte? ¿Cuánto vale la pena de este momento guardado en los lujosos espejos de un hotel del centro (espacio verde)?* La noche completa ya está paga. Inversión de capital. Distinta de la acumulación. Derroche. Despilfarro. Desmesura. Despliegue. De las sábanas y de los cuerpos. Dormir replegado el uno contra el otro. Cerrar los ojos para no vernos en los espejos. Plegar las imágenes hacia adentro. *No sé si podré guardarte así.* Las imágenes nos impelen hacia afuera. Pero repelemos el afuera. Las imágenes son guardadas dentro, celosamente guarecidas de eso que hay fuera y se llama mundo. Duran lo que valen, pero no se borran.

Devaluadas siguen intactas. Una especie de flash las congela. Las cierra. Sin estéticos pliegues. Íconos bestiales. Hasta que la muerte nos separe de las imágenes. Cómo borrar la pornografía deliciosa de esa cama.

* * *

La cama. Hijos de puta. Flor de cama me hicieron. Yo estaba para mejor cosa cuando decidí participar de esa obra de mierda. Y todo porque la otra puta le da sus buenos revolcones al sucio del productor. Precisamente. Hay otra puta además de ella. El productor nunca le pidió favores por eso nunca se acostó con él. Pero ahora está harta. Harta ya de hacer la puta. A la vedette la desafectaron del elenco estable de la revista que está arrasando con la taquilla teatral. Se supone que existieron diferencias irreconciliables con su compañera de tablas. Celos artísticos, se rumorea en los pasillos. El productor decidió desafectarla. La semana que viene se dará a conocer el nombre de la reemplazante. Su ausencia no repercutió en la venta de entradas. Todo un ícono de la revista nacional, parece estar pasando el peor momento de su vida: abandonada por su pareja de años y desafectada del elenco, esta noche se confiesa en exclusiva.

* * *

Íconos bestiales. La cara de la vedette. Su rictus amargo en la tapa del semanario. El flash pegoteado en su cara sin sombras. Gesto ensombrecido por la luz del flash. La puta dejó su ser animal para ser una bestia mal iluminada. De las luces malas nacen las bestias. De los vestuarios teatrales y de los sueños dormidos en patios con higueras nacen los animales. De los animales nacen las putas. De las bestias nacen las putas

hartas y tristes. Ícono bestial la puta harta en la tapa del semanario. ¿Qué ha sido de la tierna criatura que regaba flores? ¿Qué ha sido del animal arisco? ¿Cuándo ha muerto la gata mal servida? ¿Cuándo la gata dejó de ser animal para ser bestia congelada de luz en el cuarto oscuro de la memoria? Figura simbólica indecifrible la tapa de la revista. La gata y la puta. Quizás nunca sepa lo bello y lo triste que es su rostro bestial: los animales y los hombres se reúnen para que nazca la bestia. Inútil no obstante indagar en los orígenes de las imágenes que nos entristecen. Hasta que la muerte nos separe de ellas.

* * *

¿Y después qué haremos, mi amor?

El amor ya está hecho. Hecho trizas. Fragmentado. Muerto en polvo y pulverizado, como nosotros. ¿No usan ese juego de palabras los boleros? Deberían usarlo. En todo caso la forma más efectiva de explicar el amor y el desamor consiste en cierta aboleración de la frase.

¿Qué haremos con el amor ahora que ya está hecho?

Debería cantarlo una señora corpulenta. Llena de lentejuelas en su largo vestido. Con los labios gruesos y abiertos por un dolor teatral y trágico. Y que la “t” en el *está hecho* llene de saliva el micrófono enorme. Que todo el cuerpo tiemble de abandono menos los cabellos, fijados por el spray en su exhuberancia. Y los ojos grandes y perdidos fluctuando la dirección de la mirada entre el final del teatro, el techo alto y las tablas del piso. Buena y efectiva forma de explicar el amor con una imagen. Demasiado efectiva.

¿Qué haremos con el amor ahora que ya está hecho?

Casi irreal de tan extrema. Nadie ha muerto de amor más que en las novelas. La muerte por amor es un artificio

para explicar efectivamente la pena. Pero las penas se devalúan como las propiedades en los suburbios. Duran lo que valen. No vale la pena esta pena. No vale la pena la gorda del escenario.

¿Qué haremos con el amor ahora que ya está hecho?

Bolero alejandrino, si se diptongan embusteramente la *a* y la *o*.

¿Qué haré con mi corazón en mil trizas deshecho?

La rima sigue en el segundo verso. Hemistiquio asonantemente rimado en una *o* aguda. Punzante. Hiriente. Como para memorizar efectivamente cuánto puede doler el dolor del amor. Cierta afán pedagógico atraviesa la voz de la cantante. Tía Carmen escuchaba boleros. Parece haber muerto de amor.

* * *

Teatro. *La vedette está mucho más flaca y ya no hará teatro de revista. Lo confirmó hoy en la tevé. Tenía un trajecito Jackie Kennedy. Le quedaba bien, aunque algo ajustado en el escote.* Austera apareció la vedette plumífera, recatada la puta, sobrio su derroche, dormida la gallina, desplumada. Seria, habla de teatro: *incursionar en el drama.* Frase hecha de vedette desafectada del elenco estable. *También podría conducir un magazine. El cable es una muy buena opción.* Frase hecha número dos. Objetivos previsibles de gallina desplumada por otra gallina con mejores plumas. No sabe actuar la vedette, pero sabe actuar. La luz ilumina justo su mejor costado. No se nota dentro del trajecito Jackie Kennedy su vientre hinchado por la menstruación. Difícil encontrar el abandono detrás de su sonrisa rosa durazno Loréal número 32. Debería haberse hecho servir. De poco sirve todo este teatro. *Sí, amo el teatro y el drama: tienen una magia especial.*

* * *

Especial. La "l" queda pegada a su paladar mientras la otra vedette devenida en conductora de canal de aire (el aire es aun mejor opción que el cable) anuncia el corte, agradece, vuelve a halagar no sé qué bondades del cambio y desea suertes con una sonrisa Rivotril ocre opaco Lóreal número 14, un tono más otoñal. Se toman de las manos. Lésbico desamparo las aferra. Empieza a sonar la música estúpida. Las luces se apagan. *¿Estuve bien?* se preguntan las vedettes. *Estupenda.* Se mienten. La última palabra queda sonando en el cráneo vientre de la vedette. La última letra se le pega en el cerebro mandíbula. Pornográfico casi se le torna el sonido. *Especial. Cial. Al. L.* La lengua pegada al paladar como en los orgasmos. Especial. Él era especial. Pero ya no vale la pena.

* * *

La pena planea su vuelo bajo debajo de la higuera. Debajo de la. La niña. Debajo de la higuera la niña. La niña, bajo la higuera su sombra. La de la higuera. La sombra de la niña borrada por la sombra de la higuera. La niña pegada a la gramilla. Recostada la niña. Erguida la higuera. Firme. Vuelan en cambio las plumas de las gallinas del vecino. La higuera no se mueve pero sí su sombra. El sol sabe iluminar. La luz la despierta de la siesta como todos los veranos. La llegada del otoño está marcada por la demora de la luz. Las siestas son más largas, pero son demasiado frías. Como la cama de la tía. La luz del velador de tía Carmen no se demora nunca, más previsible que la sucesión de las estaciones, la luz de tía Carmen se enciende a las siete de la mañana siempre y se apaga a las doce. *¿Duerme siempre tía Carmen?* Nunca entendió la manía de la niña de dormir debajo

de la sombra de la higuera en verano. Nunca entendió que la niña durmiera. Siempre la vio demasiado triste, demasiado cansada por ser niña. Los higos se amontonan caídos al piso de tan maduros. Hay que juntarlos antes de que la gata mal servida los arruine. Para hacer dulce. Para comer a la tardecita. Para la sombra la higuera, no para los higos. Para el sueño de la niña. Para que la niña juegue en la sombra con las plumas hasta dormirse. Para que la niña duerma. Para que la tía no duerma. Rígida como sus sábanas. Sábanas de sombra protegen a la niña. Justa luz.

* * *

Justa luz. Cenital. Achica la sombra de la vedette. Las plumas quedan estampadas en los telones rojos. Las plumas son verdes. Turquesas de a ratos. Azules. Las sombras bajan por su torso. Lo afinan. Las piernas se mueven discretamente, embutidas en las medias de red. Tacos altos: que nunca falten para estilizarla. Entonces una súbita oscuridad, rápida como un flash de sombras, y un spot certero que la sigue. La acaricia. La consiente. La idolatra. La eleva. La recorta. Ella llega hasta el centro del escenario: un séquito de hombres reciben ahora una leve luz mientras que el spot sigue pegado a su carne. La levantan. Apoyan su culito cuidado en sus hombros. La música que viene sonando ahora tiene una voz. La vedette empieza a mover sus labios rojos de purpurina. Playback. Representa la voz de la intérprete que representa grititos de Music-Hall. Nadie cree que esté cantando. Pero qué bien canta la vedette. Ya en el piso, sus piernas ensayan una coreografía estándar de revista. Pero su baile es extraordinario. Sus brazos en cruz hacen volutas con sus manos, espiral concéntrico el diagrama de su danza, excéntrico teatro de la belleza

artificial. Real inverosímil. Pero todos quieren creer. En la vedette. En la belleza. Sonríe congelada en su gesto final. Ovación. La estatua adornada de plumas mueve apenas su rostro y agradece con la mirada. Un baño de luz impregna los aplausos de la platea y vuelve a ella. La danza se perpetúa en su reposo. La música ha terminado. Las luces se apagan pero la función continúa. Imperceptibles, aparentemente estáticas, siguen moviéndose las plumas, como si perpetraran la danza en un eco milimétrico.

* * *

¿Y no extrañas las plumas? Caían en el patio de casa. Dormía las siestas todas las santas tardes de verano, hasta llegar el otoño. Algo extraña de estas tristes tardes. Tardaba la luz en hacer su trabajo entonces. El tiempo era otro: el de su siesta. Una tranquilidad pesada de siesta de pueblo. Pesada: larga. Suelo hueco el de aquella pesadez. Despojada de cualquier sorpresa. Tiempo unívoco, sin contratiempos. Tranquilidad: mirar el cielo adornado por la higuera sin increparlo. Soplar sin ganas las plumas que llegan desde el patio vecino, saber que la tía está muerta de pena intentando dormir y sin embargo estar en paz, saber que tía Carmen es, fue y será triste, conciliarse con la fatalidad. De eso se trataba la paz de las siestas. Escuchar desde lejos los boleros (desde lejos son más tristes) que salen de una habitación de ventanas cerradas y gruesas cortinas bordadas con tedio. Llega ahogada la voz desde la pieza oscura hacia el patio de luz. Llega hasta la sombra del patio de luz donde duerme la niña su siesta. Extraña las plumas. Se las arreglan para volar sin aves las plumas: niñitas abandonadas sin cuerpo madre. Era la paz la siesta, conciliarse con la fatalidad, no caer en las encrucijadas de la alegoría.

* * *

Sí, cómo no, claro que las extraño. Las plumas son mi pasión. De todos modos en este momento de mi vida necesito cierta tranquilidad que no encuentro en la revista, aunque no descarto volver a las plumas. Es más: estoy segura de que en algún momento voy a volver.

* * *

Volver. Cada día de vuelta al patio. Cada día devuelto el patio a la memoria. Cada tarde de verano la misma siesta. Demasiados veranos. ¿Qué fue de los inviernos que no vuelven? ¿Qué hacía la niña en los inviernos? Parece no haber siesta posible en el frío. Desde octubre dormía en el patio hasta abril. ¿Dónde quedaron los agostos? Sólo puede volver a la siesta. Volver veranos atrás. Reconstruir la monotonía de cada uno. Todos iguales. Vuelve la vedette al patio de la higuera, incluso cada día de cada invierno vuelve a los veranos del patio. Niña sedienta echada bajo la sombra de un árbol triste. No sabe lo que es la tristeza pero la siente. Tampoco sabe de qué se trata esa sed. También la siente. Es casi la misma cosquilla la del dolor y la de la sed. La misma, los mismos veranos, la misma siesta. La misma niña la vedette devenida en señorita Coco Chanel. Sin embargo ningún invierno vuelve. Hay otra cosa que se resiste al regreso. La habitación oscura de tía Carmen. Hacía frío en la pieza de la tía. Ella se tapaba con sus colchas impregnadas de antipolillas. La niña odiaba esa cama, y odiaba la suya. Prefería dormir las siestas en el patio. Claro que no podía hacerlo en los inviernos. Vuelve siempre agosto, pero nunca es el mismo. Algunos agostos no vuelven.

* * *

Volver al escenario. *La vedette no descartó la idea de volver a la revista, aunque aclaró que sus proyectos inmediatos tienen que ver con la televisión o con la actuación dramática. Estuvo tomando clases de teatro en el verano.*

* * *

Las putas sin plumas se llaman putas. Por eso la vedette está harta. El hastío llega cuando las situaciones se reconocen inamovibles. Sin embargo la conductora halaga una mudanza. *Te sienta muy bien, te queda bárbaro ese trajecito.* Cambio de imagen. La puta parece una señora de la comisión de beneficencia del Rotary Club. ¿Cambio de estado? Las putas sin plumas no tienen nombre. Aunque hablan de teatro, de la condición humana también hablan. De los hombres, de la moda, del amor, de la soledad. No tienen nombre pero pueden nombrar. Las putas sin plumas pierden su fresca animalidad. Se vuelven bestias. Se vuelve bestial la memoria de la puta harta. Gatas vueltas fetos abortados. Los monstruos nacen de las bestias. Las bestias nacen de las putas que ya no quieren serlo. Los animales pugnan por volver. Como las siestas de verano, los inviernos olvidados alimentan a las bestias. *Voy a volver a las plumas.* Algún día.

* * *

Ave María Purísima. Ave de paso. De paso un Cristo nace. Plumífera ave. Primerísima María. Purísima puta. Putísima. Incontaminada. Purísima ave de escenario. Pero no nacen Cristos o acaso los milagros no se iluminan ni con el potentísimo spot de mil voltios. Como sea, no ocurre el milagro: la gallina está vieja y pierde

las plumas, el ave está gastada, María está triste, la purísima está hueca, la niña se volvió arisca y ya no sirve, la puta está harta. Desmesura. Avísima sin plumas. Una María sin nombre. Purísima desvirgada por vez milésima. Superlativo hartazgo. Esdrújulo hastío. Desmesura. Putísima pura: niña que juega con plumas caídas del cielo, plumas viejas, vetusta voluptuosidad, venusina María, pagana virgen devenida en recontraputa, niña puta, vedette virgen. No hay lineal nomenclatura que mida el decurso de la niña sin nombre. Vaivén. Confusión. Pérdida retornable en loop. Plumífera. Recóndita. Íntima. Los Cristos muertos ya no nacen. Iconografía del pecado. Diagrama borroneado de la culpa. Perdido para siempre. *Es al cuete*. La gata ya está perdida. Será mala hasta que por fin se muera y deje en paz a tía Carmen.

* * *

La gata sangra, está en celo. Cela su sangre animal. Sangre al fin. Tía Carmen limpia la galería, la desinfecta. La gata sangra sobre limpio. Los trabajos y los días de tía Carmen. Que nunca más sangre la gata, que no cele, que no ensucie, que no vuelva más nunca a salpicar las lajas de rojo. Abortar los ciclos de la gata: esterilizarla, cortar de raíz lo que no tiene y la hace sangrar. Limpiar de una vez y para siempre las manchas de la galería. Tendría que haberla hecho servir. Se puso arisca la gata desde que le falta su sangre, desde que le falta el celo, desde que le falta el deseo, desde que le falta la falta. Es una gata mala. Huérfana de crías. Gorda, redonda y demasiado completa. La tía cría a la niña. La niña duerme al lado de la gata. La niña sangra por vez primera. Mancha sus ropas y sus manos. La tía quisiera castrarla.

* * *

No puede. Las imágenes se superponen como en un videoclip barato. Los espejos del techo, el techo que no se termina, los fragmentos de la carne editados por técnicos mal pagos. La luz no favorece. Nunca la luz la favorece. Son las sombras sus volutas. Flash de sombra que la extraña. La vedette extraña las plumas. Las plumas extrañan a la vedette: la fetichizan, la oscurecen. Oscuro objeto de deseo. Humano, demasiado humano. Casi animal. Animal. Frente a las luces luce el rostro triste de la bestia. *Las vedettes somos seres humanos de carne y hueso*. Literalidad. Contundente silogismo de la puta. Yo soy un ser humano de carne y hueso. Yo soy vedette. Ergo, *las vedettes somos seres humanos de carne y hueso*. Necesita colocarse justo en el centro de un montaje simbólico: *El monstruo, siendo el símbolo, se viste de belleza*.

* * *

Hacer la puta. Harta ya. Hacerla puta desde niña. Hacer todo para que la niña se harte pronto de ser tan puta. Padres muertos. Tía triste. Radiolandia y boleros. Hacerle crecer las tetas a los trece. Colocar una canilla en su patio, cerca de su boca, para que sienta eso de la sed cada vez que se levanta y que no quiera levantarse nunca de sus siestas de verano. Y que la higuera tape la luz más dañina, y que caigan plumas. Levedad y gravedad: al patio caen plumas. Trazado unívoco de las plumas hasta el cuerpecito de la niña. Trazado unívoco de la niña hasta la puta harta. Trazado unívoco de la puta hasta la niña de las siestas. *¿No extrañas las plumas? Sí, algún día voy a volver*. Al patio. A las plumas.

* * *

El aire de la siesta estaba raro. Largas tormentas que no duran más que una hora pero que se hacen esperar días. Demasiada espera esperar lluvia para las rosas. La niña cuida de las rosas de tía Carmen. La niña ya es la reina de la primavera del pueblo. La niña se aburre cada vez más en las tardes de siesta. La niña tiene un par de tetas a prueba de escotes de Marilyn. A la niña le brota sexo de sus redondos costados. La niña acepta los refrescos que le ofrecen los hombres. La niña besó a uno y no se arrepintió. La niña juega con sus ganas y después las guarda. La niña puede quedarse hasta tarde en el baile. Cenicienta tenía una madrastra malvada. La niña tiene una tía Lexotanil. A la niña no le va más el vestidito rosa de la misa. La niña no va más a misa. Tía Carmen está cada vez más triste.

* * *

Raro. Marzo raro. El verano se va despacio. No quiere irse. Raro comienzo de marzo. Febrero es tan corto. Marzo intempestivo. Febrero sin menstruación. Corto febrero. Marzo se vuelve demasiado largo. Raro. El aire de la siesta está enrarecido. Aire enrarecido por largo marzo. Marzo enrarecido por corto febrero. Raro febrero tan corto sin menstruación.

* * *

El baile. Discoteca de pueblo. Bola de espejos al aire libre. Niña libre entre los espejitos del aire. Justa luz embellece sus dieciséis años. Cabello rubio por debajo de los hombros. Solero que cosió la tía triste escuchando boleros. Solero abolerado. Solero con ganas viejas como

el mundo. No hay decoro de diseño de tía triste que disimule las tetas que brotan redondas desde el escote cerrado. Pequeñas sandalias de enero. Calor de enero en la noche del pueblo. Música nueva. La niña reina de la primavera toma un refresco después de bailar. Un hombre joven busca refresco para la niña hermosa. Se sientan. Silla incómoda de madera al costado de la fiesta de pueblo. Lejos de las luces y de los espejitos. Justa oscuridad. Flash de sombras. Mejor caminar. Incómodas son las sillas de madera que enganchan la tela del fino solero de la niña. Niña coronada por flores de primavera acepta los refrescos del hombre joven que toma cerveza y fuma cigarrillos. Ella acepta los refrescos y pide un cigarrillo que no termina. La niña reina coronada de flores y de ganas abre las piernas a dos cuadas de la fiesta. Lengua falo en su boca sin pintar. La bombacha enroscada en su pierna izquierda. La pierna derecha enroscada da vueltas en derredor de la pelvis del hombre joven. Fina sandalia masajeando sus nalgas sin querer. Manos que quieren masajear las nalgas de la niña. Manos que acarician el sexo de la reina de la primavera. El escote es demasiado cerrado. Apenas puede llegar a la redonda piel de sus tetas. Los pezones están guardados bajo la fina tela. Los pezones se sienten pretenciosos al contacto con la fina tela. La niña entiende la sed. Corre otra vez hasta la canilla del patio. El pueblo a la noche es su patio a la siesta. Siempre la misma sed y un deseo pesado. Denso. Cinco jadeos la alivianan por un rato. Plancha con sus manos el solero que cosió la tía triste. Solero más abolerado que triste. Beso rápido. Entra por el patio a su casa. Triste, tía Carmen escucha. No puede dormir. Tía Carmen escucha boleros.

* * *

Hacer la puta. Dulce travesura sin hastío. Puta coronada de flores. *Like a virgin*. Los labios rojos o mejor rosados apenas abiertos para una sonrisa apenas. Labios alimentados por la sed. La sed es plural y es, a la vez, siempre la misma. La reina saliente deja en su cabeza corona de flores. Niña coronada apenas sonrío y mueve su brazo flaco. Brazo desganado deja en alto su mano pequeña que saluda. Cualquiera diría que la reina está triste. Pero antes está hermosa. Las monarquías tienen cuadros desquiciados, bellos cuadros de la locura: el cuerpo expuesto en la corte: la plebe, los nobles y los burgueses aplauden. La tía no la fue a ver. El clero tampoco asistió. El vestidito rosa para ir a misa ya no le entra.

* * *

Personaje tipo. Un tipo la deja. Antes el tipo la embara-za. Un tipo la deja embarazada. La niña se aburre. Hace la puta para no aburrirse: sexo parque de diversiones, espacio verde. Casi no llegaban parques al pueblo. Sexo a mano. Sexo y manos urgentes. Para acortar las siestas tristes. Para alargar las noches cortas. Destino insondable. Padres muertos, difícil Edipo. Tía Carmen cada vez más triste y resignada. No saber del amor. Cada vez más fría la tía. Cada vez más triste. Desarraigo permanente. Huir, escapar, redimirse del pueblo, absolverse de sus tardes. La reina de la primavera emigra a la ciudad parque de diversiones. Para hacer la puta. Para hartarse un día. Para cambiar sus labios rojos por rosados. Huérfano albedrío. Libre. Nunca sintió el arraigo, casi ni se siente el desarraigo. Personaje tipo. Unívoco destino de la tristeza. ¿En qué otro sitio habrían de terminar las largas siestas? ¿En dónde cayeron las plumas del patio vecino que la niña soplaba?

* * *

Sin menstruación se hace largo el corto febrero. Cuando sangre piensa dejar manchas en la galería y en la higuera. En la cama de tía Carmen y en las sillas de las cocinas. Se dejará menstruar durante largos días sin maldecir. Adorará su sangre derramada. Quiere su sangre. La extraña. La preocupa el corto febrero. Se le hace tan largo el largo marzo. Debería dolerle la cintura. Le duele. Deberían hincharse sus tetas. Se le hinchan. Debería menstruar. No menstrúa.

* * *

En marzo termina el verano, en marzo terminan las siestas. A veces un cálido abril las prolonga. Pero sopla un viento distinto. Se enfría terriblemente su cuerpo cuando entra a la cocina. Casi no entra el sol a la casa de tía Carmen. La niña no duerme más las siestas. La tía se acuesta en su cama triste. La niña se recuesta en su pieza oscura. La tía no duerme. La niña no duerme. Hace cuentas. Cuenta días. Le cuenta a la tía acerca del corto febrero. Camina despacio hasta la pieza de la tía. No sabe decir pero ya no puede callar. Hoy empieza el otoño.

* * *

La tía tiene una lata con ahorros en su ropero. Para pagar su entierro. Para pagar la fiesta de casamiento de la niña. Por las dudas. No duda. Tía Carmen casi no dice nada a la niña tartamuda. Mastica una palabra vieja. Golpea el pequeño rostro de la reina de la primavera. Una cachetada vieja, la misma que recibió la niña tartamuda en el patio de la higuera. Hace mucho. La

reina de la primavera baja la cabeza y se acuerda de la vieja cachetada. La tía busca su lata vieja entre sus viejas ropas. Hay un buen doctor en el pueblo, va a hacer todo discretamente. Un aborto silencioso. El doctor es de confianza. Tía Carmen lo conoce. Huele mal la tía en sus siestas insomnes. Hasta su olor es viejo.

* * *

Toda esa mierda del amor. Toda esa mierda del amor filial. Toda esa mierda. Mierda. Maldice la puta reina entre sollozos. Mierda golpea su vientre. Mierda *no quiero*. Mierda *va a doler*. Mierda. Mierda las ganas. Mierda las siestas y el tedio. Mierda la sed y el pueblo. Mierda la canilla oxidada. Mierda la fiesta. Mierda este otoño. Mierda el verano y la primavera reina. Mierda las noches. Mierda los cinco jadeos. Mierda sus tetas hinchadas. Mierda los refrescos y las sillas incómodas del baile triste. Mierda el solero de la tía. Mierda la tía vieja. Mierda el doctor cerdo. Mierda el silencio. Mierda su soledad. Mierda las madres. Mierda las madres muertas. Mierda los padres ausentes. Mierda los hijos muertos. Mierda. Toda esa mierda del amor.

* * *

La reina de la primavera está sola. Ni siquiera habla. La niña está harta. La niña quiere ser una puta. La puta sangra más que nunca. Debe guardar reposo. Marzo sin sol en el cuarto de la niña. Adorar su sangre. No puede. Mierda. La palabra recurrente queda sonando en el cráneo vientre de la vedette. Se le pega en el cerebro mandíbula. Mierda. Maldice la puta cada cosa. Maldición escuchar a la tía: la respiración triste y entrecortada. Maldición escuchar el silencio de la tía. Tía Carmen ya

casi no habla. La vejez la está enloqueciendo. La locura la está envejeciendo. La tristeza nunca cede. La tía ya no sangra. La gata murió en el verano. Triste. Vieja. Arisca. Pero no enloquecen los animales. Ahora ya es una bestia la gata. Debería haberla hecho servir.

* * *

La niña es un monstruo, casi: no enloquece. Antes se redime, convirtiéndose en bestia. Enfurece. Envilece. Maldice. La niña sangra todas las ganas del verano en el otoño incipiente. Ni una lágrima diluyó su sangre. Los labios rojos, nunca rosados. Cóncavo cuadro barroco de su cuarto oscuro. Hilo de luz, luz amarilla desnutrida en su rostro. La niña está harta, emputecida la niña, aniñada la puta. Puta infanticida. Niña filicida. La niña ostenta una angustiante forma de inmortalidad. Puta persistencia. Opuestos reunidos sin exclusión. Delirio. La tía controla la fiebre con un beso frío sobre la frente de la niña. La puta siente asco de los labios resecos de tía Carmen. La niña sangra rojo como su cubrecama vieja. La niña del otoño sangra sangre vieja. Sangre estival. Tapado su cuerpo con la cubrecama roja. Desnudo su cuerpo bajo el camisón. Muy abajo su cuerpo desnudo le duele, pero la niña no llora. La puta maldice. La tía controla su fiebre: cuadro del delirio.

* * *

Las plumas caen pesadas en el patio vacío. Gotea la canilla herrumbrada.

* * *

La niña sangra por más de una semana. Tiene los ojos secos y los ovarios encendidos. Drena despacio los placeres rojos. Ya viejos. Ya malditos. Ya hartos. Alguna vez la tía masticó la palabra. Siempre la tía masticaba la palabra entre sus dientes tristes. Tía Carmen volvió a decir la palabra esa tarde, en esa siesta oscura. Resurgió una sombra de la boca ensombrecida de la tía. Repitió la palabra. Rubricó la culpa para siempre. La niña purga por su vagina la leche oscura del pecado.

* * *

Pecar. Errar. Arrepentirse. Caer. Tentarse. Injuriar. Manchar. Corromper. Envilecerse. Condenarse. Culparse. Perderse. Dolerse. Faltar.

* * *

Es la falta. Lo que le falta a la niña en las tardes de siesta: la canilla herrumbrada, la sed, las manos inquietas, la imagen de las noches de pueblo. Lo que falta en las noches de pueblo: la silla incómoda, el solero de verano, los pies casi desnudos, la oscuridad de las callecitas, los bailes aburridos por tanta luz de focos baratos, los cinco jadeos. La falta se satisfacía entonces. Entonces la boca oscura de la tía. Entonces la falta.

* * *

Pecar. Gozar. Encontrar. Adivinar. Descubrir. Elevarse. Bendecirse. Aliviarse. Limpiarse. Hermosearse. Complacerse. Darse. Liberarse. Desear. Faltar.

* * *

A la niña no le va más el vestidito rosa de la misa. La niña no va más a misa. La tía está cada vez más triste. La niña falta a la misa de los domingos. A la puta las misas no le hacen falta. No entran sus tetas en la iglesia. No pueden entrar. No deben entrar. No hay lugar. Falta espacio. Falta.

* * *

No faltó nada. Trazado unívoco de las plumas hasta el cuerpecito de la niña. Trazado unívoco de la niña hasta la puta harta. Trazado unívoco de la puta hasta la niña de las siestas. En su habitación no hay higos caídos al piso de tan maduros. En su habitación no hay plumas. No tiene lugar para caer el aburrimiento. Queda flotando para caer sobre la niña. Planea su vuelo amargo pero nunca cae: invade todos los rincones de la habitación de la puta. Encerrado. No hay cielo en donde pegar las plumas. No hay plumas. Adentro hay una verdad un poco más cruda. En los ovarios inflamados de la niña. En la sangre sucia de la puta. En la habitación cerrada. En la cámara oscura. Afuera, acaso, siga habiendo un cielo surcado de plumas.

* * *

Cielo sin plumas. El cielo de las siestas. El cielo de las ciudades. El cielo de los bailes de pueblo. El cielo de la habitación de la niña. El cielo supuesto. El cielo vedado a los ojos de la puta. El cielo abstracto. El cielo cartulina celeste. Las estrellitas pegadas con plasticola. El cielo de los astronautas. El de los aviones. El cielo lejano. El cielo prometido. El cielo indagado. El cielo

cristiano. El cielo desde el patio de la siesta. El atravesado de plumas: recorte posible de lo inmenso. Mirada posible para lo inescrutable. Mediación redentora de las plumas entre la niña mortal y transitoria y el cielo angélico, eterno, anhelado. El aburrido cielo de los píos. La niña no entiende el cielo de las misas. Entiende el cielo de sus siestas: juega con las plumas que caen del patio vecino. Parecen caer del cielo. El cielo mejor: el fragmento de cielo. Todo el cielo contemplado por la niña bajo la sombra de la higuera. Todo el cielo contemplable. El cielorraso.

* * *

La tía cree en el Infierno, a veces habla de eso.

* * *

El infierno. La culpa roja. El incendio que todo lo alivia. El incendio que no alivia. La posibilidad del infierno. El trayecto unívoco de la falta. El infierno cristiano, más cristiano que el cielo, más eficaz. El motor que todo lo agita radica en eludir el infierno más que llegar al cielo. El infierno no se ve desde el patio de la higuera, ni en el baile al aire libre. Por eso más eficaz: imagen bestial de los archivos de la memoria. Imagen excesiva, ilimitada. Disparate. Delirio católico apostólico romano. Último destino del mal. Lejano, inequívoco y fatal. Acechancia continua. La niña no cree en el infierno. Tía Carmen a veces habla de eso. La niña cree en su miedo: esa imagen revelada con los ojos cerrados. Adentro. En la cámara oscura. En su habitación cerrada. El infierno contemplable.

* * *

Tía Carmen nunca abre las ventanas de su dormitorio. Cierra los ojos pero no duerme. A veces lee Radiolandia. Siente enrarecido el aire de la siesta.

* * *

Los chequeos médicos de la tía. Los médicos, altísima providencia, estampita elegida de la tía, deidades de delantal blanco. Divino blanco. Los análisis. Los microscopios. La sangre desganada de tía Carmen bajo el microscopio. La tía ya no sangra. Hace rato que no sangra. La tía está vieja. Triste. Sola. Su gata arisca muerta al final del verano. Bajo la higuera y la niña no estaba. Hace días que está en su pieza. Los médicos actuaron discretamente. Sangrará por unos días aún la niña. La tía hace rato que no sangra. Los controles salieron bien. *Una salud de hierro* según el doctor. *Vaya tranquila*. La pastilla para dormir que nunca falte. Leer Radiolandia hasta que la pastilla empiece a comer despacito cada parte de la triste vigilia y venga un sueño artificial pero profundo. Previsible y diagramado. Perfectamente diseñado en los laboratorios para tía Carmen. Para la tía triste. Sueño vacío en la cama doble de los padres muertos de la tía. La niña ya no duerme. Los higos caen al piso de tan maduros. Las plumas siguen bajando. Demasiado sutiles.

* * *

El aire de la siesta estaba raro. La muerte pequeñita. La muerte infanticida. La muerte omnipresente. La muerte en el aire, en la cámara oscura, en la casa cerrada, en el patio de plumas muertas y de higos podridos. Los

gusanos de los higos. Los gusanos imperceptibles. La higuera agoniza su marzo. El cielo muerto sin ojos. El otoño en el patio. El otoño solo, inescrutable. Las ramas de los árboles del pueblo, frágiles y desnudas tras el tapial. Descripción tema: el otoño. La niña no lo mira. La gata arisca murió a finales del verano. El aire de la siesta se había enrarecido. La tía exhalaba el sopor de la muerte pequeñita. La niña infanticida ya era toda una puta triste y desvelada. La reina de la primavera guarda reposo en el otoño.

* * *

Murió en paz según el doctor cerdo. Ni siquiera se dio cuenta. Siguió durmiendo. Yo firmaría contrato si me muriera a los setenta y dos años con esa salud y esa muerte tan plácida. Y la vecina: Vivió y murió como lo que era: una santa. El veintinueve de marzo murió tía Carmen.

* * *

La niña había estado sangrando días enteros recostada bajo su cubrecama roja. La tía entraba de vez en cuando a la pieza para traerle un caldito y un calmante. Las tetas de la niña se deshinchaban de a poco. La niña estaba muy débil: casi una Ofelia prerrafaelista. Pero tenía aún demasiadas tetas. La tarde en que la tía murió fue igual a todas las tardes. Una siesta igual a todas las siestas de la tía. Pero el patio estaba distinto. Seguía goteando la canilla oxidada. Seguían cayendo plumas del patio vecino. Pero la sombra de la higuera se vaciaba cada vez más. La gata era arisca pero ahora no era nada. Era la gata muerta. Era la bestia en el recuerdo moribundo de tía Carmen. Era la gata castrada en la memoria culpa de la niña. Ya no estaba la gata bajo la sombra. Ya no estaba

la niña jugando con las plumas del patio vecino. Seguía la higuera y su sombra. Los frutos caídos al piso de tan maduros. Para tía Carmen era la misma siesta. Casi. La niña sangraba un hijo maldito en la pieza de al lado. La gata arisca había muerto sin hijos en el verano. Ya se sentía el aire dorado de abril. Pero todavía era marzo. Tía Carmen cerró los ojos como todas las tardes para su corta siesta. Para su triste sueño. No supo la niña si la tía sabía que se iba a morir. No supo la niña que estaba su tía muerta. No lo supo hasta la noche.

* * *

Es casi de noche. Ya oscurece más temprano. Con la frescura baja al pueblo una tristeza pesada y vieja. La reina de la primavera casi nunca tiene hambre. Pero son más de las ocho y ha pasado el día entero sin comer. A las siete y media tía Carmen siempre entra con una taza de caldo de verduras como para hacer más tristes las noches de la niña. Y todavía nada. Y tía Carmen es puntual e infalible como los malos recuerdos, como el mal aliento de la mañana, como el llanto ante los muertos, tía Carmen es inefable. Y aún no ha entrado a la habitación oscura. Ni siquiera se siente el olor de sus verduras al fuego. La niña mueve su cuerpo débil. Despega de las sábanas sus ovarios doloridos y entra silenciosa a la pieza de la tía. Lo supo enseguida. *Está muerta* pensó. Y tuvo miedo.

* * *

Algún día voy volver a las plumas. El distanciamiento es provisorio. Las plumas son mi vida y mi pasión. Pero en este momento necesito repensar mi carrera y probar suerte en nuevos horizontes. Exclusivo: La vedette está

mucho más flaca y ya no hará teatro de revista. Lo confirmó hoy en la tevé. Tenía un trajecito Jackie Kennedy. Le quedaba bien, aunque algo ajustado en el escote. Declaró en primera plana: “Las vedettes somos seres humanos de carne y hueso”.

* * *

Los huesos de la puta pegados a la piel. Las tetas se llenan despacio de ganas. Los espejos del hotel pegan los huesos de la puta por todos los rincones. Siete pelvis de la puta decoran el techo. El techo se mueve. La puta se fragmenta. Los espejos jadean. Un cuerpo demasiado amado se agrega. La imagen lejos de completarse se pierde en nuevas bifurcaciones. Catorce occipitales confluyen y se derraman entre las catorce piernas de la vedette. El grito parece quebrar los cristales. Ilusión. No los quiebra. La imagen estaba rota desde antes. Los huesos de la puta pegados a la piel. Clavícula exhausta. Los labios abiertos. La lengua pegada al paladar. Los huesos desparramados entre las sábanas. Los labios resecos. Un beso débil en la frente. Los labios resecos. El roce con la piel tiesa de la frente. Los cabellos tirados hacia atrás. El beso del amante. Los labios resecos miden el calor de la mujer. Miden su calma. Los labios resecos del amante en la frente de la vedette. Los labios resecos también dejan adivinar cierto sosiego. Los espejos ya se aquietan.

* * *

Los labios rojos o mejor rosados, harta ya de hacer la puta. Nada más triste que una puta triste. Nada más puto que la tristeza de una puta. Toca pieles por tocar. Toca sin esperanza. No espera otra cosa. Pobre puta

harta se menea cada vez más puta, cada vez más harta. Pinta sus labios sin ganas. Mona vestida de seda, gallina desplumada. Las plumas caen pesadas del patio vecino hasta la memoria recurrente de la puta. Parece Jackie Kennedy con tetas. Demasiadas tetas. Mejor rosados los labios. Como si fuera una niña fresca a la sombra de una higuera. Pero entonces también eran rojos sus labios. El dedo en la boca. La canilla oxidada. El recuerdo bestial. La gata muerta sin descendencia. La gata arisca. *Debería haberme hecho servir. Los dos abortos no cuentan.*

* * *

Ya no vale la pena esta pena. La pena dura lo que vale. Valor de uso. Pena fetichizada. Valor de cambio. Cambiar de ropas y de colores. Disfrazarse de señora cansada. Saber de libros, de películas aburridas, de teatro clásico. Saber. De los patios, de las pérdidas. Saber de perfumes y no de olores. El caldo en la nariz de la tardecita. Los caldos amargos de la tía. Saber de perfumes. Marilyn con fragancias caras detrás de sus rodillas. Duerme desnuda la más bella: balbucea el mito, empieza a construirse. Ya es una bestia. Ícono bestial, antes incluso de que Warhol la multiplicara. Cambiar. Saber. Elegir las sedas para la mona. *Muy mona la vedette con su trajecito estilo Jackie Kennedy.* Desplumada, como las aves antes del banquete. Monstruo y bestia. Saber más para no recordar. Saber de perfumes para borrar los olores de la memoria.

* * *

El viaje. El viejo tren. El tren. La niña ya no sangra. Sangrará el mes próximo. Lo dijo el doctor que dijo que la tía había muerto sin sufrir. La gata murió hace un tiempo. Fue enterrada bajo la higuera. La casa quedó

sola. Abandonada. El pueblo abandonado. La tía abandonada en el cementerio. La gata abandonada bajo la higuera. La higuera abandonada. La canilla oxidada del patio abandonada. Las plumas abandonadas en el viento. El viento de la tarde del próximo verano que la niña ya abandonó. Más muertos abandonados. La madre en el cementerio cerca de tía Carmen. La madre muerta en parto abandona a la niña que ya llora demasiado. La fiesta del pueblo abandonada. La primavera que vendrá ya sufre el abandono de la reina. No pasará el cetro con su aire de belleza pacífica y madura a la nueva reina que llorará demasiado emocionada y tendrá la belleza como en celo y encendida. Las sillas de madera de la fiesta pobre de pueblo se apilan para el baile futuro y la niña no las abrirá para sentarse a tomar algo fresco con el hombre. Ningún hombre la besará en un camino oscuro después de este tren y de este invierno, ni procurará abrir el inefable escote hilvanado por la tía en tardes de tedio. Tía Carmen está muerta y abandonó la costura. La niña no dejará caer su bombacha por la pierna izquierda ni frotará su sexo virgen en el sexo ávido sin rostro. La niña ya no será virgen. Quedó en el pueblo abandonado también su decoro. Quedó para que los vecinos lo comenten. Abandonada su cama de una plaza y las enormes sábanas almidonadas de la tía. Y los recuerdos sucediéndose más bastardos que huérfanos. Imágenes pegadas una al lado de la otra. Peor aun. Imágenes superpuestas. La lata de ahorros que tía Carmen baja de la repisa. La sangre que dura semanas. La tía que entra con una sopa. La niña que no come. La tía que no entra. La niña que lo supo. Estaba muerta.

* * *

El tren. El viejo tren. El viaje. Una sed vieja viaja. Tren tranquilo. El viaje envejecido ha envejecido temprano a la niña. El afuera adivinado desde la ventanilla. Recorte del afuera. El campo es el afuera que se fragmenta en la ventanilla pero no se aquieta. No hay ícono posible. Movimiento. No hay ícono posible porque no hay memoria. La imagen se mueve en la convulsión del presente. No hay ícono posible porque es una imagen demasiado móvil, demasiado inmediata. El campo al que tantas veces llegó la niña caminando por los caminos que se pierden del pueblo, el campo quieto de la tardecita, pesado, naranja y verde. El campo se reitera en una foto movida. La niña quieta que lo contempla con sus manos caídas a los costados del vestido amarillo. Más quietud. Pero la niña tiene sed. Es el campo tan igual y tan distinto. El movimiento que aplasta la memoria. La rearma: se está gestando una memoria nueva. Impredicible. Quedará tal vez en la niña el marco de la ventana oxidada del tren y un cúmulo de colores secos que se confunden: el naranja brillante de un amanecer tardío cortará la imagen parda y terrosa. Pero la tierra es tan verde porque hay un cielo tan naranja. El movimiento continuo en línea recta contrasta con la quietud de los ojos de la niña clavados en un punto fijo. En un fijo punto móvil. La memoria de la niña intenta separar las imágenes con sus dedos débiles: hundir las manos entre tantas fotos muertas, terminar de ordenarlas en un álbum y archivarlas para no volver a verlas. Pero es imposible. Las cosas saben superponerse y la niña no sabe ordenarlas. Y el olor de la pieza de tía Carmen. Y la cubrecama roja. Y todos sus muertos.

* * *

Ave María Purísima la niña aferrada a las mangas de lana de su camperita celeste en el frío del tren. Pura Avísima María. Estampita azul y dorada. Los labios rojos o mejor rosados apenas humedecidos por el hambre de la tarde. Apenas iluminada su humedad por el sol débil de la tarde que quiere anocheecerse. Purísima niña aferrada a la ventanilla con el puño de sus ojos. Ojos apiñados los de la niña, amarrados con tristes garras a los últimos colores del día. El tren. El viejo tren. El viaje. Ave María Purísima en viaje a la ciudad envuelta en la lana que tejió tía Carmen. Envuelta en las manos muertas de tía Carmen. Los muertos. La sangre. El verano. Los hijos. Los padres muertos. Toda esa mierda del amor. Toda esa mierda del amor filial. Angustia degustada con desgana por la virgen. Angustia regurgitada con asco por la puta. Ave María Purísima cierra los ojos e intenta dormir. Conciliar un sueño plácido que la lleve a las siestas en el patio. Caen las plumas del patio vecino. Avísima la niña las adora sin coleccionarlas. Traqueteo. Trajín. Mareo. El viejo tren herrumbra un movimiento súbito, encájase luego con violencia y sigue el trayecto rectilíneo. El cuerpo frágil de la virgen apenas tambalea. El cuerpo de la puta siente un dolor viejo en el vientre. Es todo el dolor. El dolor conocido y el dolor por venir. Un instante en el que el tren vuelve a acomodarse en el orden de las vías y la niña sabe súbitamente cuánto va a dolerle la vida. Es un dolor de ovarios. Es el dolor de la orfandad de padres y de hijos. Nunca el Ave María Purísima hubo de haber estado más desamparada.

* * *

La vedette no dejó de hablar durante dos horas con una entrevistadora rubia y de lentes, prolijamente vestida en tonos marrones. Con una sonrisa estúpida le preguntaba a la vedette las causas de su alejamiento de la revista. Una admiración igual de estúpida dejaba también escapar con su sonrisa. La entrevistadora después de apagar el grabador, alabó la silueta de la vedette y tocando delicadamente su cadera con la mano derecha le dijo que parecía una Barbie. Jackie-Kennedy-Barbie-con-tetas agradeció el elogio. *“Las vedettes somos seres humanos de carne y hueso”* fue el título encomillado de la nota. La carne quedó eclipsada en el flash del fotógrafo: el gesto duro de la niña petrificado de tristeza para la posteridad. Fragmento previsible en el kiosco de revistas. El cuarto perfil izquierdo de la puta deja ver sus ojos pintados con desgana. Silueta bestial. Las putas necesitan buena luz. Como las plantas. Fotosíntesis: su rostro cuajado de pena. Cadena alimentaria. La niña devorada por la puta. Siempre triunfan las bestias.

* * *

Cadena de alimentos. La niña toma sol. La bestia se come a la niña. El patio de la higuera. El sol de la tarde. La niña come la carne de las gallinas cuyas plumas caen del patio vecino. La higuera realiza su fotosíntesis. Los higos caen al piso de tan maduros. Se los comen los gusanos. La gata fue enterrada al lado de la higuera. La higuera toma nutrientes de la carne fría de la gata arisca. La higuera toma nutrientes de sus propios higos muertos. Las hormigas comen los higos que la tía ya no come ni junta para hacer dulce. La tía tiene desde hace rato su lote en el cementerio del pueblo. Al lado de sus

padres. La niña toma sol. Nada se pierde. La gata muerta alimenta la sombra de la higuera. Todo se transforma.

* * *

Nada se pierde. Ni el tren oxidado del otoño. Ni la fiesta de la primavera. Ni las imágenes multiplicadas en el techo del hotel. Ni la sed vieja. Ni los maullidos de la gata triste, la gata arisca. Ni los gestos de tía Carmen. Ni su olor. Ni los padres terminan de perderse para siempre. Ni la pérdida.

* * *

Todo se transforma. De realidad en verdad. De animal en bestia. De experiencia en imagen. De imagen en ícono. De padres en monstruos. Incluso el rostro de los hijos que no nacieron se transforma. Incluso el rostro de los padres que nunca volvieron. Incluso las patentes imágenes guardadas en los espejos del hotel. Incluso el amor se transforma. Menos la sed.

* * *

La sed no se pierde. La sed no se transforma. La canilla oxidada deja caer agua fresca. El tren se ha oxidado como la canilla. Demasiadas lluvias sobre el hierro. Materiales de construcción resistentes al tiempo. El paso del tiempo. ¿Cuál es el modo de la marcha ineludible de ese tiempo abstracto? Sólo el instante redime el tiempo. El tren evidencia el paso del tiempo. La canilla denuncia el paso del tiempo. Y los vientres, y las manos, y los muros, y las tazas de café, y las esquinas, y el mentón, y las costillas, y los zapatos. La sed es la misma. El tren evidencia las huellas de la sed. La canilla evidencia la

sed. Sólo el instante la redime: el hastío de la siesta estival, el cuerpo de la niña en la sombra, el paso de la niña hasta la canilla. La sed. Por la canilla oxidada cae un chorro de agua fresca. Pero el calor del patio la enciende. Los labios de la niña no reciben agua fresca. Los labios de la niña se consumen en el mismo instante en que la sed se redime.

* * *

Las historias de las putas se parecen. Las putas se parecen entre sí. Las putas sufren hasta cansarse y entonces se hacen putas. Una vez emputecida la hembra se vuelve niña. Pierden desde pequeñas. Crecen con la carencia. Una vez hecha carne la falta no les falta nada. Salen a buscar retacitos que las completen. Pierden padre y madre. Pierden gata arisca. Pierden virginidad. Pierden hijos. Pierden tía triste. Pierden un tren pero se toman otro. Se mueven. Llegan. Ganan bien. Las ganas siempre son las mismas. Las mismas. Las putas se parecen entre sí. Típico tipo realista. Inocente cadencia naturalista. Las piernas de Naná se enrollan en espiral. Nadie puede imaginar hasta dónde llegan.

* * *

Por una calle desierta caminan mujer y hombre. Por el desierto que es la calle se ven dos cuerpos amparados de la luz y vueltos siluetas. Las siluetas recortan los cuerpos y los ubican en espacio-calle, como muñequitos de maqueta. En las maquetas empero, no llueve. La mujer no lleva pilotín. El hombre ampara. Largo mango de paraguas sostenido por manos fuertes. El círculo de tela impermeable hace sombra pero más quiere detener la caída del agua. El agua sigue cayendo hasta la calle en

todos los espacios donde no hay paraguas. Donde hay paraguas el agua cae indirectamente, como chorreando lo que no puede estamparse redondamente en el suelo. El cabello de la mujer continúa intacto. El vestido a rayas de la mujer continúa intacto. El maquillaje de la mujer continúa intacto. El hombre ha mojado la manga de su camisa. Parte de sus hombros se va cubriendo del agua que insiste en caer desde los alambres de su paraguas. En el desierto que es la calle hay luces. Se ordenan prolijamente en los costados del gesto duro del hombre. La mujer está cubierta en sombras. La mujer está intacta. No conversan. No se miran. El brazo izquierdo del hombre, el que le queda seco, sostiene los brazos desnudos e intactos de la mujer. El brazo izquierdo de la mujer se cruza sobre su pecho y se toma del brazo izquierdo, todavía seco, del hombre. La calle, en verdad, no está desierta. Hay autos estacionados, carteles de ofertas, quizás incluso pueda haber algún mendigo acurrucado en un rincón. La calle, en realidad, está desierta. No pasa un alma a las tres de la mañana por allí, y menos en una noche de lluvia.

* * *

Ho el. Al cartel le falta luz en una letra. Como si esa letra iluminada nunca hubiese estado allí. Hace años que el hotel es el Ho el. De día la *t* disimula su ausencia. De día la *t* aparece. *T* de triste, *t* de traste, *t* de tren, *t* intermedia de hotel barato. De noche se abre el Ho el, que de día se cierra en su totalidad. Hombre y mujer entran despreocupadamente por la puerta de madera. Ya conocen ese cartel de memoria. Alguna vez se habrán preguntado silenciosamente por qué no sube algún señor a una escalera, neón verde en mano, a reparar la letra muerta. Nunca habrán encontrando

más razones que la indiferencia. Si todos saben que es un hotel aunque diga Ho el en su frente. Si ya basta para entendernos. Hombre y mujer entran por vez enésima. Cierra el hombre su paraguas mojado. Pasa su mano seca izquierda sobre su manga derecha húmeda. La mujer apenas suelta sus brazos largos y los acomoda, cruzándolos, sobre su pecho. No hablan. Un conserje obeso les entrega una llave. Ya basta para entenderse. El hombre la toma con la mano libre de paraguas. Suben desganados las escaleras de madera. Suben entusiasmados las escaleras de madera. Suben silenciosos las escaleras de madera. Suben rumorosos las escaleras de madera. Suben tranquilos las escaleras de madera. Suben agitados las escaleras de madera. Suben tristes las escaleras de madera. Una extraña dicha los empuja a subir las escaleras de madera. Suben las escaleras de madera. El conserje siente crujir las tablas. Los mira. Más mira el culo a rayas de la mujer, hasta que se pierde la imagen en los tobillos. Atrás desaparecen las piernas grises del hombre. La bocamanga de sus pantalones también está salpicada de agua y barro. Queda la escalera vacía, intransitada. Entonces los ojos del conserje buscan en otro lado. No hay otro lado. Pared empapelada de flores, cuatro. Maceta marrón con helecho plástico, tres. Sillones naranjas de cuerina, dos. Largo mostrador de madera, uno. No hay costado mejor que el culo a rayas de la mujer. El conserje obeso apoya su cabeza en largo mostrador de madera. Se duerme, casi.

* * *

El hotel entero. Verde que te quiero verde el neón de un hotel entero titila completo. *T* de todo aparece, *t* de tiempo, *t* de trueno, *t* de tanto. Hombre y mujer completos y fragmentados en los espejos del techo. *T*

de techo, *t* de trizas. Cinco jadeos, seis quizás. Fueron más alguna vez. Hace un tiempo, perdió la cuenta. Fueron cinco o seis en la pieza del hotel escalera marrón. Fueron cinco o seis esta vez repartida en los espejos. *T* de trozos, *t* de trazos. Destrozada la imagen se regenera para perderse, para partir para siempre. *T* de tarde, siesta triste, noche en falta.

* * *

El turno está por terminar. Falta poco para el final, punto en el que se unen otros finales hasta parecerse a un comienzo. Él ya ni siquiera vale la pena. La pena dura lo que vale. La pena de caminar la calle a cuestas, dejar atrás el cartel carente del hotel para no volver a mirarlo. Desandar las escaleras de madera. Bajar. Uno y otro los pequeños pies de la mujer bendecidos por el conserje aburrido. Marchar lento y constante hasta la puerta. El paraguas que cuelga de la manga ya seca del hombre. La llave a cambio de algunos billetes. No hablan. Ya basta el gesto para entenderse. Ella espera cerca de la puerta, despreocupada de toda transacción, mirando fijo el contraste de sus zapatos de taco negros con el blanco enrarecido de la alfombra del hall de madera del hotel. Cabeza gacha lleva sus cabellos hacia adelante. Ya no perdura el peinado. La lluvia lo ha dejado intacto pero no los espejos. Pero no el cuarto escaleras arriba. Pero no los cinco o seis grititos del carajo. Bastaron para despeinarla. Ya basta el gesto. *T* de triste, *t* de tarde.

* * *

Afuera ya no llueve. La calle quedó barnizada. Las luces de la calle continúan encendidas a pesar de la luz azulina de las seis de la mañana del verano. Verano

distinto a los viejos veranos. Verano igual a los viejos veranos. Todos los veranos son iguales. Categoría climática, cultural y natural. Nombre entero, completo y pesado. Estío y hastío. Tías muertas, muerta noche caminada del brazo de un hombre. Sin siesta. Sin cielo abierto. Sin pueblo. Todos los veranos empezaron a ser distintos. Categoría climática, natural y cultural. Nombre carente, incompleto y ligero. Nombre vulnerable. El hombre la toma del brazo. Hay una distancia insondable entre la piel ya seca del hombre y la piel siempre seca de la mujer. No hablan. Ya basta la distancia para entenderse. Las luces del hotel ya se apagan y el Ho el es el hotel iluminado por la luz azulina. El cielo se abre después de la tormenta. Hotel completo se cierra en media hora. El conserje irá a dormir su siesta obesa de la mañana. Trata de cerrar sus ojos después de la última imagen: hombre que abre puerta y mujer culito a rayas que se va. La mujer. Su culo. Sus rayas. Más atrás la imagen de las piernas subiendo o bajando la escalera de madera. Atrás. Su culo. La cabeza gacha mirando la alfombra blanca sucia. Los zapatos negros observados por los ojos de la mujer. Cabeza gacha. Los cabellos despeinados que caen hacia adelante. El conserje imagina maravillas de triste cuarto de hotel. Casi sin despertar apaga el neón verde del cartel carente. *T* de término. La noche está cerrada como el hotel completo exhibido en las letras oscurecidas. Es que ha nacido el día. Todas las parejas son iguales, piensa el conserje. Las mujeres, en cambio, se separan entre ellas como disparadas hacia fuera. Todas ocupando su espacio del espacio exterior. *T* de todas. Las mujeres difieren en sus piernas, en sus culos, en sus vestidos, en sus amantes, en sus rayas, en sus silencios. Cabeza gacha mira zapato negro. *T* de triste. Las rayas desapareciendo por la puerta. *T* de traste. El hotel ya vacío se completa. No hay sombra alguna que denuncie la carencia.

* * *

La fotografía aparece en la tapa. A veces se nos hace la verdad tan necesaria. Flash. Luz mala. Luz cruda. Luz violenta. Luz fría. Luz artificial. El artificio. La verdad. Se nos hace a veces tan necesaria. Los labios abiertos, congelados, rígidos, rojos o mejor rosados, dicen la frase que aparece amarilla y mayúscula y encomillada. Obviedad. Pura obviedad. Puta obviedad. Seres humanos hechos de plumas, de gatas muertas, de bestias. Cola real de pavo real. Cinturita de avispa. Muertos los animales nacen las bestias. Por menos de dos pesos en su quiosco la vedette se confiesa. Mentira mediática: pura verdad. Puta verdad. Se nos hace a veces tan necesaria.

* * *

Caen plumas de un patio contiguo. Vienen de las gallinas del vecino. Las gallinas pierden las plumas que caen como del cielo. Es el viento que las levanta. Es el tejido que no termina de separar los territorios. Son los ligustros que no crecen hasta separar los territorios. Es la vasta raíz de la higuera que le quita fuerza a los ligustros desnutridos. Entonces las plumas caen como del cielo. Una niña las ve caer bajo la sombra de la higuera gula. Niña pereza se tira y las sopla. Niña lujuria examina sus labios. Rojos o mejor rosados. No es verdad la verdad. Las plumas caen del cielo. No llega hasta el patio de la siesta el cuerpo circular de las gallinas. No llega su ruido. Apenas el susurro de las plumas chocándose entre sí, desprendiéndose sutiles de las aves grotescas. Caen como del cielo. Sublimes. Se hace a veces tan necesaria. Pero casi nunca es verdad la verdad.

* * *

Las putas tienen algo de obviedad que seduce. Pura obviedad. Las putas tienen tanta obviedad que no seducen. Puta obviedad. Por eso prefiere callar del brazo del hombre. Por eso calla. Pero el silencio es tan obvio. Pero la puta es tan puta. Puro silencio tapa agujeros con obvio material. Los labios apretados. Rojos o mejor rosados. Callan todo lo que dicen. Hay lugares de los cuales no se puede salir. Por eso calla. Puta obviedad. Harta ya de hacer la puta se aferra al brazo impermeable del hombre y calla. Apenas cuatro o cinco grititos del carajo. Obviamente sobreviene el orgasmo. Obviamente resiste el silencio entrecortado del hotel. Ya basta para entender. Tan obvia la puta quiere guardarse de la obviedad. Tan puta la puta no puede. *No tengo palabras para expresar mis sentimientos*, dice la reina de la primavera. Ni siquiera dice eso. Acontece el balbuceo del placer. Obviamente sucede. Obvio transitar por la calle desierta. Obvios gestos dejan hombre y mujer subir escalera marrón. Obvia prosecución de los hechos. Se besarán por largo rato, mientras el hombre empezará a frotar con sus manos el sexo todavía escondido de la mujer. Sucederá que el ritmo se irá acelerando y en algunos segundos ya estarán desnudos, sus sexos libres de ropas, sus manos tensas buscándose. Y obviamente acabarán juntos, multiplicados en los espejos. Cuatro o cinco jadeos indicarán su obvia satisfacción. Entonces el hombre callará, derramándose. Y bajarán otra vez la escalera de madera, y caminarán la misma calle de dos horas antes, casi al amanecer. Ella pensará que falta una *t* de neón en el cartel, pero callará semejante evidencia para no incurrir en obviedades. El hombre sentirá tan incómodo el silencio, que se tornará obvia la tensión, y sabrá que la mujer está redondamente enamorada. Dos

cuadras más y la besaré por última vez. Frío. Definitivo. Obviamente la mujer lo esperará todo el tiempo que dura su silencio. Todo el tiempo que dura la pena.

* * *

Él ya no vale la pena. La pena dura lo que vale. Ya no sirve. Ni siquiera para cinco grititos del carajo. Necesita hacerse servir. No morir triste como la gata triste. Una que dormía las siestas al lado de una niña atontada por el calor de la tarde, la que soplaba plumas caídas del cielo. Para no volverse tan arisca debería haberse hecho servir. Tía Carmen siempre lo decía. *Gata vieja. Gata mala. No sirve para nada.* Los dos abortos no cuentan. Hijos muertos, madre harta de tan viva. Harta ya de hacer la puta. Las revistas no creen su dolor, tampoco su obiedad. *Las vedettes somos seres humanos de carne y hueso.* No importa la verdad. Pero se torna a veces tan necesaria. Un grito. Un golpe seco en el vientre hinchado, ovario sangrante, sangre muerta. Bien escondida por sus ropas Coco Chanel. Bien escondidas por las luces del estudio de televisión.

* * *

—¿No extrañarás las plumas?

—Sí, claro. Algún día voy a volver.

* * *

Al patio. A las plumas. A la paz de las siestas. Conciliarse con la fatalidad. Dejar ser la paz de las siestas. Reinventarla. Soplar en paz las plumas que se las arreglan para caer, solitas, desde un cuerpo madre al patio vecino. Parecen caer del cielo.

* * *

El cielo a la noche, una cartulina negra pegada en la memoria de la puta, el cielo vedado a los ojos de la niña. Noches largas de ventanas cerradas y el mundo lejos. Noches resguardadas del dolor y resguardadas de ella. Noches de baile de pueblo, con estrellas amontonadas en el rincón superior derecho del encuadre de la memoria. Estrellas ornamentalmente dispuestas. Buena estrella, estela de futuro que todavía es futuro y no ruina. El cielo. Una cartulina celeste pegada en la memoria de la puta. Días reducidos a tardes. Tardes reducidas a largas siestas. Tridimensión bendita donde se pegan las nubes, copitos de algodón ubicados en la cartulina por dedos de niña, espacio sagrado en el que se cuelgan las plumas. Sobresalen del cuadro como flores muertas. El cielo de los muertos, el espacio interrogado por los vivos. El cielo de la puta es un afiche pegado en la memoria.

* * *

Volver. Insistir. Casi caer. Hacerla puta desde chica. Ni una puta aguanta tanto. Trazar un camino unívoco que lleve al fracaso. Triunfar en ese camino. Hacer posible el fracaso. Naturalizarlo. Cuando no queda otra, queda tanto por los costados. Ya no queda otra mujer. Ni una niña huérfana, ni una reina inocente de pueblo, ni una chica asustada, ni párvula criatura en tren oxidado, ni puta vedette henchida de plumas. Ni las plumas.

* * *

Por un escenario blanco de luces baja una mujer inconmensurable. Tiene peso, talla y medidas debidamente controladas en los archivos del productor. La

mujer tiene mensura, tiene números en las caderas, en los años, en el tono de tintura, en los centímetros del taco, en el brillo de sus labios. La mujer tiene medida. Su imagen, en cambio, es demasiado enorme. Los brazos en cruz y la rodilla izquierda apenas flexionada, como acariciando la derecha. Las medias de red embuten la carne de los muslos. Parecen a punto de explotar. Por los brazos caen plumas azulinas. Desde la cabeza, por los brazos y hasta las manos pequeñas de la vedette. Los labios rojos o mejor rosados. Baja por la escalera principal por vez primera y saluda apenas con una sonrisa ancha y dadivosa. Las putas son así. Ni la pena vieja ni la pena por venir se le presentan entonces. Ni el viejo tren ni la tía triste. La vedette se resume en su sonrisa de durazno abrigado. Su felicidad dura hasta el saludo final. Su felicidad se cierra con el telón. Su felicidad no es de carne y hueso. Es su rostro matemáticamente iluminado.

* * *

Las luces apuntan a su vientre y más abajo. Más abajo que las luces hay células que esperan morir. Recuerda la puta las otras luces de pueblo, el médico cerdo y la tía con salud de hierro que mastica maldiciones. La muerte chiquitita. La muerte cotidiana. La muerte fundante. La muerte premeditada. La muerte alumbrada por luces de sanatorio privado en la memoria de la niña. Ya distingue cuánto va a sangrar. Ya sabe lo que sigue a los veranos. Ya conoce los cambios repentinos de rumbo. Ya entiende que nunca se termina de conocer el azar. Ya deduce que el azar es una forma inescrutable. Ya percibe el olor de la muertecita que -ya sabe- va a drenar espacio por su sexo. El mismo regocijado, atolondrado, samaritano. El espacio verde enrojecido de culpa. El sexo crucificado, muerto y sepultado por prescripción médica hasta

próximo aviso. El sexo tenaza, el sexo herramienta, el sexo escalera. El sexo escrutado, multiplicado y sembrado por los espejos de hotel. El mismo sexo observado por los lentes del doctor cerdo. El sexo inspeccionado, el sexo violentado, el sexo saqueado de su fruto. El sexo arrepentido, el sexo manoseado, el sexo mutilado de su gracia. El mismo sexo, parece tan distinto ahora. Ya no volverá a ser el mismo.

* * *

Volver. Sentir que de nuevo vale la pena esta pena. La pena dura lo que vale. Los hijos mueren al final del verano, dentro de su vientre, vigilados e iluminados. Ya se parecen a su madre.

* * *

—¿No extrañarás las plumas?



mapamundi

Puentes, errancias, exilios. Volverse otro. Lugares de cruce o desencuentro literario. ¿Qué hay más allá de la prudencia del mapa?

El fin de la noche, constelación de narrativa y poesía hispanoamericana. Con publicaciones de cuidado artesanal y soporte imperecedero, el sello integra la tecnología de edición más avanzada –impresión bajo demanda, libre acceso de lectura online y distribución digital internacional que permite que los libros estén siempre disponibles– a la delicada paciencia para el armado de cada título.

Que los libros luminosos jamás se agoten.

Puede conseguir nuestros títulos desde cualquier ciudad del país y del mundo. En nuestra página www.elfindelanoche.com.ar encontrará la red de librerías virtuales nacionales e internacionales asociadas.

Por cualquier consulta, por favor contáctese a info@elfindelanoche.com.ar

